

EL SOL Y LA LUNA BAILAN EN LA NOCHE DE LOS SANTOS

Dicen las gentes del pueblo que la noche de Los Santos se escucharon gritos desgarrados, como de auxilio, en el Callejón de los Lobos. Eran tan estremecedores y sobrenaturales que los pocos paseantes casuales de la Carretera agilizaron el paso hacia sus casas, sin atreverse a indagar lo que pasaba; algunos incluso corrieron... luego cerraron las puertas con cerrojos, creyendo así, quedar a salvo.

Paco quedó rezagado. La polio que tuvo de pequeño le había dejado cojo. Después de atender las pocas ovejas que le quedaban en el corral se daba una vuelta por el molinillo que alargaba hasta el arenal volviendo por la Carretera. Nadie le esperaba en casa. Paseaba iracundo, hastiado de rutina, cuando escuchó esos aterradores gritos. Quiso correr pero sus débiles piernas comenzaron a temblar facilitándole la caída.

La noche se había apoderado del pueblo. Saero había cerrado temprano. Los jóvenes estaban reunidos en La Báscula al botellón y la calle estaba vacía. Nadie pasaba que pudiera ayudar a Paco. Con mucha dificultad por su torpe pierna y las sacudidas que le producían los temblores, intentaba ponerse en pie. Quería gritar, pero su atemorizada garganta era incapaz de emitir sonidos, quedando anulada por los angustiosos gritos que provenían... del Callejón de los lobos.

El tiempo era cálido y agradable pero, un sudor frío le resbalaba desde la frente a la barbilla. Los sucesivos intentos de incorporarse eran infructuosos y solo conseguía pequeños avances arrastrándose

por el suelo...Estaba solo.

De pronto, se hizo un silencio sepulcral.

Una neblina suave comenzó a surgir de la nada. Paco, impotente, comenzó a sollozar como un niño abandonado a su suerte. Le pareció extraño que, en tanto tiempo como llevaba en el suelo, no hubiese pasado ni un solo coche por la Carretera que le pudiese echar una mano...

La suave neblina se iba haciendo cada vez más densa. Los gritos regresaron y adquirieron tal intensidad que obligaron a Paco a taparse los oídos, pero daba lo mismo, se le incrustaban en el alma...

A duras penas pudo ver una piedra cercana. Se esforzó por sobreponerse y, arrastrando su asustado cuerpo, se acercó hasta ella; apoyándose en el monolito, consiguió sentarse.

Sus temblorosas manos buscaban el pañuelo del bolsillo para secarse el sudor frío que le recorría la piel...

El momento fue invadido nuevamente por un repentino y temible silencio absoluto que le hizo presentir malos augurios.

Sintió seca su garganta y ensayó un nuevo grito de socorro, pero... tampoco pudo. Volvió espasmódicamente la cabeza hacia la roca y, sin saber cómo, burlando la niebla y la oscuridad, pudo leer algo grabado en ella:

*“Miseria miseria la del miserable
que cree que afanando
la puerta se le abre.”*

Y lo firmaba “Paco de Sevilleja”.

El aliento se le heló en la boca y su corazón se detuvo por unos segundos. Era una lápida y ¡Paco de Sevilleja era él!... ¡pero él sabía que no había escrito eso!...

Su cabeza funcionaba deprisa, intentando entender el enigma. ¡Esa tontería jamás la habría puesto él! Quizás fuera de algún antepasado suyo pero, ¿qué hacía cerca del pueblo a un lado de la Carretera? y ¿porqué no la había visto antes alguna de tantas veces como había pasado por allí?...

Respiró profundamente intentando frenar los locos latidos de su, ahora, acelerado corazón. El potente ruido de un tren que se acercaba veloz le hizo salir de sí mismo y volver la cabeza en su dirección. Paco palideció; no podía creer lo que veía. Jamás un tren había llegado a Aldeanovita, ¡si no había raíles! Y lo más cerca que conocía con vía para tren era Calera... ¿estaría soñando?

Pensó desfallecer, pero el sonido del tren y su conocido pitido, anunciando que llegaba a una estación con parada, le sacó de sus pesquisas...

Se encogió todo lo que pudo, en un intento de no ser notado, y observó desde detrás del monolito. De entre la densa niebla había surgido una gran máquina de tren del siglo XVIII, que se paró ante él deslumbrándole. El pánico se apoderó de Paco y perdió la consciencia...

Pasados unos minutos, volvió en sí. Se había orinado encima. Asqueado y asustado, volvió a mirar desde detrás de la piedra. Para aumentar su asombro, hombres, mujeres, niños y ancianos, gentes de todas las edades, ataviados con indumentarias de todas las épocas de la historia del hombre, descendían alegremente del tren al improvisado andén de la Carretera que pronto se convirtió en una enorme ciudad...

Paco respiraba agitadamente; se frotó los ojos sin poder creer lo que veía. La ciudad se componía de múltiples barrios, cada uno de los cuales se correspondía con un momento de la historia del hombre. Las personas iban y venían, riendo burlona y socarronamente... mirando a Paco que, como aturdido por una ensoñación de pesadilla paralizante, observaba con los ojos muy abiertos, sin poder apenas pestañear.

De hombres primitivos a egipcios, griegos y romanos, medievales y renacentistas, actuales y futuristas... de Noruega y de Australia, de Europa y América, de Asia y los Polos...

Paco escudriñaba, encogido y tembloroso, el paso veloz del tiempo sobre las personas y sobre las cosas. Observó como todos iban pasando, ineludiblemente, de un barrio a otro. Si en un barrio habían matado, en el otro fueron muertos. Si en un barrio habían abusado, en otro abusaron de ellos. Los que en un barrio no quisieron ver, en otro les volvieron la cabeza. Quien en un barrio desestimó, en otro lo perdió. Aquellos que cuidaron, en otro fueron cuidados y, los que en un barrio amaron, en otro fueron amados... Y así, todos fueron viviendo las más variadas situaciones humanas...

La crueldad de los sucesos que observaba, bañados en el estertor de las sórdidas carcajadas, le hicieron vomitar... Sin embargo, no podía eludir la visión; por fin se daba cuenta que era para él... En ese momento, sintió la forma en que la vida permitía que se saldaran las cuentas...

Fue entonces cuando Paco se descubrió orando. No creía en esas cosas y acostumbraba a reírse de los que iban a la Iglesia, a los que les solía decir:

“Reza, María, que te va a arreglar el día”

con la consiguiente sorna en la frase.

Algo que en esos momentos sintió salirle del alma, subió a las alturas. Sin tiempo para reflexionar, se percató del cambio que se estaba produciendo en las risas, que ahora parecían carcajadas malévolas para, poco después, transformarse en desgarradores gritos de auxilio.

Paco se secó de nuevo el sudor y volvió la mirada. La escena le atraía sin que se pudiera resistir. Las personas de los distintos barrios venían hacia él, tendiéndole los brazos e implorándole ayuda. Desencajado, Paco veía cómo el viento jugaba a desprenderles los revulsivos gusanos mientras se iban consumiendo rápidamente.

El sol y la luna se intercambiaban en un baile de vértigo. Vio como aquellos rostros y cuerpos envejecían, se encogían, desaparecía su piel y luego su carne hasta volverse tétricos esqueletos vestidos de harapos. Espeluznantes momias femeninas portaban brillantes

pulseras y collares; esqueletos con armas, piedras y objetos que permanecían intactos mientras ellos se deshacían, sumidos en la densa y oscura niebla.

Tembloroso y desencajado continuaba observando cómo los Majestuosos edificios se derrumbaban y, en su lugar, otros nuevos aparecían para volverse a caer y a levantar; los bosques desaparecían, sustituidos por sembrados, y, después, por maleza. El mar se secaba transformándose en tierra firme y la tierra se inundaba engullendo lo que a su paso pillaba. Se producían cambios, rápidos cambios y transformaciones...

El viento se llevaba lo pasajero envuelto en polvo y oscuridad...

Dejando atrás aquellos barrios sumidos en el continuo devenir, el montón de esqueletos abominables con los brazos tendidos caminaba hacia Paco que, horrorizado, juntaba sus manos y elevaba una oración cada vez más clara al Cielo...

Cuando este tétrico espectáculo se encontraba a dos brazadas de él y ya se sentía al borde del colapso, de nuevo... apareció el tren.

En esta ocasión, del tren bajaron innumerables Sombras de Luz, que, afanosamente, ayudaban a subir al tren a los deplorables desencarnados. Cuando hubieron terminado de recogerlos a todos, una de las Sombras de Luz se acercó al encogido y obligado espectador.

Para su asombro, Paco no sintió temor ahora. La Sombra de Luz le habló sin palabras:

“se útil a los demás, esa es la misión”

dijo, y le indicó que mirase a un costado del tren. Paco miró y leyó:

*“Tren al Valle de Josafat
si no vienes hoy, mañana vendrás.”*

El tren partió cuando subió la Sombra de Luz, y los ojos de Paco fueron cegados de nuevo por el fuerte resplandor del faro de la máquina...

La voz de la Doctora le despertó, y un ahogado grito quebró su garganta. Alguien le contó que un grupo de jóvenes que venían de la Báscula a una quedada en La Fuente, le habían encontrado tirado en la cuneta de la Colá y le habían llevado al Centro de Salud.

Le preguntaron pero... no pudo contar lo que vivió; no quiso contar lo que vivió. Mientras le hacía efecto el calmante, tomó conciencia de la cantidad de veces que había pensado: -“¿qué pinto yo en esta vida?”, mientras el eco de lo experimentado le respondía entre frases de imágenes: “ser útil a los demás, esa es la misión”.

Algo recuperado, le acompañaron a su casa en el Egido. Al entrar, ya solo, Paco se dejó caer al suelo. Las lágrimas brotaban de sus ojos sin consuelo. Lloraba y gritaba, gritaba y lloraba, y, allí mismo, con su alma sumida en ese despertar, y vencido por el agotamiento, se quedó dormido.

Pasó el tiempo. Los vecinos le visitaban y le llevaban comida, pero él quería estar solo...

El día que se sintió preparado, salió a la calle. Ante ese primer impacto, tuvo la sensación de que aquello ya lo había vivido antes... Paco comenzó a cantar a voz en grito. Tarareaba lo que se le ocurría, con frases del tipo: "que todo vale nada", "que la carne se pasa", "que saldaremos las cuentas" y que "reza, María, que es verdad que te puede arreglar el día"...

No se le escapaba una situación en la que, alegre, disfrutara ayudando a la gente y el resto de su vida se lo pasó repitiendo esas frases y orando, de manera que el pueblo decía que aquella noche de los Santos, Paco de Sevilleja se había vuelto loco.

Un día, pocos años más tarde, llamaron a su puerta. Era el cartero que le entregó una carta certificada que no traía remitente. Paco la abrió y, de su interior, extrajo un papel en el que venía escrito:

*"Tren al Valle de Josafat,
Si no vienes hoy mañana vendrás"*

Paco no se sorprendió. Era como si lo estuviera esperando. Cogió su pico, su martillo y su cincel y se fue a los Motilones. Eligió una piedra que talló a su gusto y en ella, a golpe de paciencia y de cincel, escribió algo que había quedado grabado en su mente a fuego:

*"Mísera miseria la del miserable
que cree que afanando*

la puerta se le abre”

y lo firmó: Paco de Sevilleja

La llevó al Cementerio y la colocó en la que sería su tumba. A paso tranquilo, disfrutando de lo que le ofrecía el día, volvió a su casa.

Paco de Sevilleja partió aparentemente solo, con una sonrisa esbozada en sus labios.

Y sólo un muchacho del lugar se atrevió a contar que, el día que murió, todos los habitantes del pueblo salieron de sus casas para ver qué era lo que pasaba, convocados por el extraño ruido de un tren y su pitido que sintieron llegar, pararse ante la puerta de la casa de Paco y, después de un rato, oyeron partir...

Pero ...nadie lo vio y nadie lo comentó para que no les tomaran por locos, porque a Aldeanovita no llega ni ha llegado nunca una vía del tren.

María Jesús Rodríguez Pueyo